Domingo 5 de julio de 1992

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

DOS NOVELAS, DOS GENERACIONES Y UN PREMIO MAYOR

EL PLANETA DE LAS MUJERES

El 18 de junio, "Cuando digo Magdalena", de Alicia Steimberg, recibió los 40 mil dólares del premio Planeta/Biblioteca del Sur a la mejor novela inédita 1991/92. El jurado declaró primera finalista a "El Dock", de Matilde Sánchez. Fue la recompensa más alta que se haya concedido en la literatura argentina, y el azar —o el talento— ha permitido que sean dos mujeres, separadas por poco más de veinte años, quienes hayan llegado a la recta final. Nada mejor para ilustrar esta historia que reproducir sendos fragmentos de ambas novelas, junto a una breve entrevista con cada una de las autoras. El adelanto de "Cuando digo Magdalena" puede leerse en las páginas 2 y 3. El de "El Dock", en las 4 y 5.



LA NOVELA GANADORA

Cuando digo Magdalena

ALICIA STEIMBERG

Al salir de la ruta hay que recorrer un largo camino de tierra mejorada hasta llegar a la entrada de Las Lilas. No hay tranquera: el portón de madera es alto y majestuoso, con el borde superior defendido de los visitantes furtivos por puntiagudas varillas de hierro. A ambos lados del portón hay paredes con el borde superior igualmente protegido. Si bien las paredes y el portón son casi inviolables, basta caminar unos cincuenta metros en cualquiera de los dos sentidos para toparse con un cerco de ligustro muy denso, aunque no muy alto. Con ayuda de un machete se puede hacer una abertura en el cerco y pasar al otro lado o, con solo caminar un poco más, el visitante furtivo verá que el cerco de ligustro termina en un simple alambrado, que ni siquiera es de púa, y que se puede atravesar apoyando firmemente un pie en el alambre de abajo y levantando con la mano el alambre superior. Una vez adentro, el intruso se encontrará en un campo sembrado. Hará el camino hasta el portón manteniéndose pegado el cerco y después, junto a la pared, ya que hacerlo a campo traviesa delataría su silueta a la distancia. Si la siembra está crecida avanzará sumergido hasta la cintura entre espigas; si no lleva botas lo lastimarán los abrojos, se expondrá a la picadura de una víbora o se llenará de bichos colorados que lo torturarán más tarde, porque los bichos colorados siguen vivos debajo de la piel y sólo se exterminan frotando con jabón la parte afectada, para crear una capa aislante que les provoque la asfixia.

Llegamos a Las Lilas al atardecer, un jueves del mes de noviembre. Juan Antonio y Emi salieron a recibirnos y ofrecieron llevarnos enseguida a las habitaciones que nos habían destinado para los días que pasaríamos en la estancia. Me detuve un momento frente a la casa, al pie de la escalinata del pórtico, junto a un cantero lleno de flores violáceas con un perfume estupendo. Embriagada, miré a mi alrededor. El cantero de flores a la izquierda, a la derecha la piscina, y un poco más allá la gran sombrilla de paja del quincho. Subí por la escalinata de mármol, admiré los mosaicos blancos y negros, también de mármol, y me acodé en la balaustrada a contemplar el amable paisaje de bosquecillos y campos suavemente ondulados de distintos colores: verdes, rojizos, campos de color de miel. A lo lejos, una monstruosa máquina agrícola de color amarillo cadmio desmintió mi ilusión de haber retrocedido en el tiempo.

En lugar de seguir con los demás hacia las habitaciones, bajé la escalinata que acababa de subir y caminé por el sendero de grava. Nadie me prestó atención. Me había alejado unos treinta metros, entre arbustos y canteros de flores, cuando alguien me llamó desde el pórtico y tuve que volver sobre mis pasos. Me sentía feliz de estar en el campo y sonreía a todos los que encontraba en mi camino: la gente de la casa, los peones, unos gansos que cruzaron inopinadamente el sendero. Subí nuevamente por la escalinata y me interné por el largo corredor hasta la puerta de una de las habitaciones donde me esperaba Enrique.

El cuarto era espacioso, amueblado con una gran cama, dos mesas de luz y una cómoda de roble sin lustrar; sobre la cómoda había una antigua jofaina con el borde cascado. Una ventana enrejada se abría al jardín. El cuarto de baño era enorme, con artefactos antiguos y amarillentos, la bañadera con garras de león.

Ya vestida con un solero de color verde nilo y sandalias, un toque de Femme detrás del lóbulo de cada oreja, me senté en la cama a leer una vieja novela de Ellery Queen que encontré en un cajón de la cómoda, mientras esperaba que Enrique terminara de ducharse y vestirse. Por la ventana abierta me llegaba la brisa ligera del crepúsculo. Sentía crecer en mí la alegría de estar en el campo.

Media hora después, Enrique y yo nos reunimos con los dueños de casa y los demás invitados en el gran salón de la planta baja. También allí el piso era de mosaicos blancos y negros, romboidales. Había un hogar de mármol, donde crepitarían los leños de invierno. La gente se había distribuido en los sillones, alrededor de una mesa baja cargada de vasos,

En 1990, Alicia Steimberg se consagró primera finalista del premio La sonrisa vertical, con su novela "Amatista". Ese triunfo parecía la culminación de una obra de calidad pareja, cuyos títulos mayores eran "La loca 101" y "Músicos y relojeros". El premio Planeta-Biblioteca del Sur, que fue conferido a "Cuando digo Magdalena", subraya la vitalidad e importancia de su talento de narradora.

botellas y bandejas de canapés. En un ángulo del salón había un piano de cola, abierto, donde uno de los hijos de Eusebio, que nos había traído en su auto, ensayaba una melodía tonta equivocándose en casi todas las notas. Lo miré con fastidio, pensando qué nos depararían esos días en la estancia con tantos niños pequeños, porque además de los dos de Eusebio estaban los hijos de Juan Antonio y Emi, un bebé de pecho hijo de Gustavo y dos chicos más que eran amigos de los hijos de Juan Antonio. Yo no había llevado ninguno: mis hijos adolescentes prefirieron quedarse en Buenos Aires con la abuela y dedicarse a sus ruidosas diversiones. Debo confesar que no tengo vocación por los niños pequeños, sobre todo si no son míos, y que me había hecho ilusiones de pasar en Las Lilas unos días tranquilos, sin llantos ni bebidas derramadas ni gritos de padres que descubren que su hijo ha trepado a gran altura y piensa arrojarse al vacío.

Iba a alejarme del piano para que la melodía desafinada no martillara mis oídos cuando vi sobre la tapa una fotografía en portarretrato de plata: Juan Antonio con sus dos hermanas, los tres en ropa de tenis, con las raquetas en la mano. No sabía por qué, pero la foto me atraía como un imán. En unos estantes empotrados en la pared, detrás del piano, había otras fotos de la familia de Juan Antonio, algunas de ellas muy antiguas, que mostraban escenas en la estancia: hombres y mujeres a caballo, con elegante ropa de montar, jovencitas con vestidos vaporosos sentadas bajo una pérgola en el jardín.

—Pensar que todavía no hemos desayunado, Enrique.

—¿Qué apuro tenés en desayunar? La cena de anoche fue estupenda: doce personas alrededor de la mesa, los mozos con uniforme...

—¿Dijiste "mozos"?

—Sí. Lo dije con cierta vacilación.

—¿No deberías haber dicho "camareros"?

—Para qué. Mejor abandonemos toda pretensión de español universal.

—No, eso es excesivo. Mantengámonos en un español más o menos universal con algunos localismos inevitables.

—Bueno. Los mozos terminaron de servir el postre: flan con dulce de leche de la estancia. Pasamos al salón de la planta baja a tomar el café. Emi, con un gran sombrero de paja y una fusta en la mano, estaba recostada en el canapé, como una reina.

—¿Emi es mulata?

—Eso es lo que ella siempre ambicionó; Juan Antonio se enamoró de ella porque la creyó mulata. Pero es de piel morena, desciende de indios y españoles. Juan Antonio se había peleado con su familia en esa época y se fue a vivir con Emi a un departamento de un ambiente que ellos mismos barrían y limpiaban. Sin embargo, eran felices. Después Emi sedujo a la madre de Juan Antonio, él recuperó la estancia y Emi lo ayudó a explotarla.

—Estábamos en Emi con el sombrero de paja y la fusta, recostada en el canapé.

—Sí. Charlamos, tomamos café. Más tarde salimos a sentarnos en los sillones de mimbre de la galería, porque era una noche espléndida, con cantos de grillos, perfume de flores, luciérnagas.

—Sabina...

—¿Me llamo Sabina?

—Sí. ¿No te gusta?

—No. Hay algo aceitoso en el nombre Sabina.

—¿Qué?

—Labios aceitosos.

—¿Las mujeres que se llaman Sabina tienen labios aceitosos?

—No, quise decir que el nombre Sabina tiene labios aceitosos.

—Bueno. Gertrudis...

—No. Las mujeres que se llaman Gertrudis tienen labios gruesos y rulos negros.

—Rizos, creo que hay que decir rizos negros. ¿Magdalena?

—Está bien. A pesar de que las que se llaman Magdalena son corpulentas, de hombros cuadrados, y manejan ellas solas una granja con quince vacas lecheras y cien aves de corral.

—Magdalena. De sobrenombre Maggie.

—¿En qué idioma estamos hablando?

—Ya lo dijimos. En una modalidad lo más universal posible de la lengua española, con algunos localismos del habla de los argentinos en los círculos pretendidamente bien educados de la clase media de Buenos Aires.

—Entonces no será Maggie, sino Magui. Ahora salgamos a tomar el desayuno.



Alejandra López

Esa noche, nuestra primera noche en la estancia, después de la cena, nos fuimos a nuestra habitación y dormimos como troncos hasta la mañana, cuando nos despertaron los cantos de los pájaros, los gritos de los niños y el cacareo de unas gallinas que habían escapado del corral. También oímos los gritos de la cocinera que las perseguía, y enseguida los de Emi, que se había asomado por la ventana de su dormitorio a insultar a la cocinera. Media hora después nos encontramos en el comedor de diario con otros invitados, para tomar el desayuno. Como el resto de la casa, la habitación estaba sencillamente amoblada; una mesa alta y pesada cubierta con un mantel a cuadros blancos y rojos, varias sillas igualmente pesadas con asiento esterillado (de los que dejan marcas en la parte posterior de los muslos), un aparador y un trinchante, dos robustos armarios que le llegan más arriba de la cintura a una persona de estatura media. Los niños deben ponerse en puntas de pie para ver la parte de arriba de estos muebles, donde se apoyan fuentes o botellas que no caben en la mesa. A esa hora sobre el aparador había fuentes de tostadas y medias lunas y fuentecitas con manteca o con dulce de leche, el famoso dulce de leche de la estancia, hecho en olla de cobre con chaucha de vainilla; siempre alguno encontraba en el dulce un trocito duro de la chaucha y lo chupaba hasta dejarlo limpio antes de arrojarlo por la ventana... Cada tanto me visita el espíritu del campo que conocí de chica. El canto de los pajaritos, el dulce de leche.

—Qué curioso, yo creí que el campo te aburría.

—Nunca me aburre *hablar* del campo, porque hablo del atardecer, de la brisa que mueve blandamente las espigas, de la felicidad del agricultor y del perfume de las glicinas... No de las sequías ni de las distancias in-con-men-su-ra-bles. De todas maneras tomamos por fin, ese desayuno, junto con unos niños muy mal educados.

—¿Qué hacían los niños?

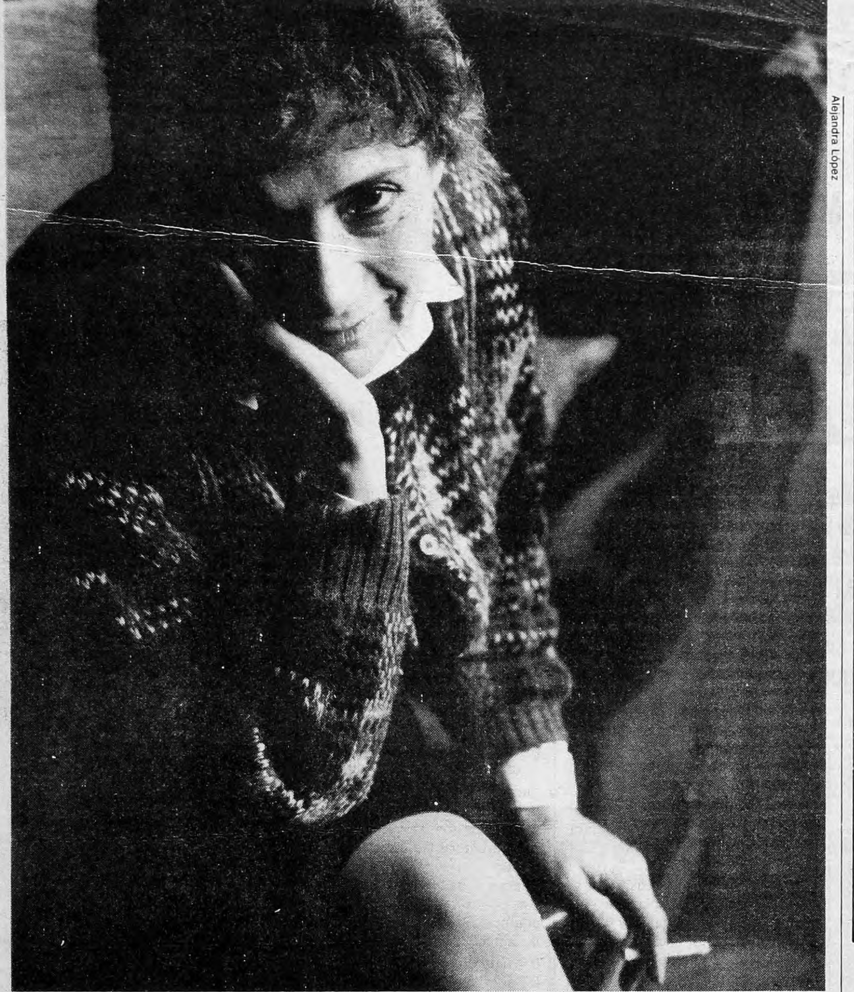
—Se servían de todos los recipientes y bandejas y dejaban todo estropeado. Jugaban con una pelotita de goma y de pronto uno hizo un mal cálculo y la pelota cayó en la taza de Enrique, que incluso a esa hora llevaba camisa blanca y corbata azul.

—Dios mío.

—Pero nada podía llegar a molestarnos después del primer mordisco a la tostada crocante con manteca y dulce de leche de la estancia. Y enseguida un buen trago del excelente café.

—¿Con leche?

—Sí, ya venía mezclado con leche,



Alejandra López

"Algo mágico"

Interrogada acerca de la trama de la novela premiada, *Cuando digo Magdalena,* Alicia Steimberg transmite la seguridad de quien ha venido repitiendo la misma historia demasiadas veces durante los últimos días no sin antes precisar que no hubo intención alguna de homenajear a Proust en el título ni en el tema de recobrar el tiempo perdido.

—Yo podría resumir el tema de la novela en una frase —confiesa Alicia Steimberg—. *Cuando digo Magdalena* trata de una mujer que intenta recordar ciertos acontecimientos traumáticos sucedidos en una estancia, junto a un grupo de gente que practica el control mental, durante un fin de semana largo. Lo importante en el libro, sin embargo, son los diálogos. Hay varios planos narrativos en los que se desdibuja la realidad y el discurso de la narradora parece volverse, por momentos, cada vez más fantasioso. A mí, como escritora, siempre me interesó aquello de la fantasía en la ficción.

—¿Cómo surgió la idea?

—La idea del libro está inspirada en una experiencia personal que me sucedió hace tres o cuatro años. Comencé a escribir el libro entonces y, lentamente, esa experiencia fue legitimándose como ficción hasta llegar a ser *Cuando digo Magdalena.* Con esto quiero decir que, a diferencia de lo ocurrido con *Amatista* y el concurso de La sonrisa vertical, el libro no fue escrito especialmente para el concurso.

—Gran parte de Cuando digo Magdalena *es dialogada, y su ambiente de aislamiento casi académico recuerda un poco a las novelas de Iris Murdoch. ¿Se le aparecen sombras de otros escritores cuando escribe?*

—Puedo jurar de rodillas que nunca se me aparece nadie cuando escribo. No me siento particularmente influida mientras construyo un libro. Y, una vez terminado, no pienso demasiado en esas cosas.

—La insistencia en la figuración de ciencias alternativas en su obra (la homeopatía y el psicoanálisis en El árbol del placer; *la sexología en* Amatista *y ahora el control mental en* Cuando digo Madgalena) *comienzan a parecer su "tema"...*

—La verdad nunca lo había pensado... Pero, ahora que lo menciona, puede ser que haya algo de cierto en todo eso. Yo siempre estoy en busca de algo mágico; algo que me salve de la enfermedad y la muerte. Me engancho por un tiempo con ciertas disciplinas después, claro, pierdo el entusiasmo. Pero lo que permanece es la constante búsqueda de una forma de salvación.

Entrevista: R. F.

en una enorme cafetera.

—Como en los servicios de hotel a la antigua.

—En esa casa todo era a la antigua. Hasta la ayudante de cocina, que era blanca y regordeta, con vestido celeste, delantal y zapatillas blancas, pecho y brazos pecosos. La que sabía preparar el cóctel de huevo batido con oporto.

—¿Cómo es ese cóctel?

—Hay que ir a buscar los huevos al gallinero y usarlos mientras todavía están tibios. Se separan las yemas de las claras. Se guardan las claras para hacer merengues. Se baten las yemas con azúcar hasta que la mezcla toma un color blanco, y se le va agregando el oporto gota a gota, sin dejar de batir. Esa mujer bate yemas con azúcar y oporto mañana, tarde y noche.

—Ahora tomemos el desayuno en Mar del Plata, como querías.

—Este no es el lugar donde venimos siempre.

—Pero me gusta, vieja. Está protegido del viento y se ve el mar. ¿Cuántas medias lunas querés?

—¿Cuántas voy a querer? Tres, por supuesto. ¿No traen siempre tres medias lunas con cada café con leche?

—No, vieja, eso era antes. Ahora tenés que pedir la cantidad de medias lunas que vas a comer.

—¿Por qué han cambiado, viejo?

—Por la difusión de la dietética: las medias lunas son muy calóricas. ¿No deberías hacer dieta, vos?

—No puedo hacer dieta en Mar del Plata, viejo.

—Pensá que tenés sesenta y dos.

—Y vos sesenta y ocho. Vamos al Casino.

—Más tarde. Creo que voy a pedir café con leche y nada más, sin medias lunas.

—Te acompaño, viejo. Café con leche descremada y edulcorante artificial.

—Así se habla.

—¿Puedo preguntar cómo te llamás? A fuerza de llamarnos *viejo* y *vieja* ya ni me acuerdo tu nombre.

—Me llamo Ignacio Ibargüengoitia.

—¿Vasco, tal vez?

—Curioso que te acuerdes de preguntármelo después de cuarenta años de matrimonio. Mis abuelos eran vascos, los cuatro.

—Cuatro abuelos vascos. Iñaki, entonces. ¿El vasco se escribe con los mismos caracteres que el castellano? ¿O usan otro alfabeto?

—No, eso es en idish. No me acuerdo cómo te llamás vos.

—Flora.

—¿No te llamabas Sabina?

—No. Flora.

—¿Flora Rosenfeld?

—Rosenblatt.

—Rosenberg.

—Rosenblum.

—Rosenvasser.

—Rosenstein.

—Lo dudo.

—Sin embargo, sí.

—¿Quién habló, vos o yo?

—No estoy segura.

—Da lo mismo. Flora, entonces.

—Parece que por primera vez pronunciaras mi nombre.

—Es absurdo.

—Sí.

—Me refiero al nombre. Podrías llamarte Fauna. El nombre Flora parece inventado por un polaco que no hablaba bien el castellano y creía que todos los sustantivos de género femenino terminan en *a*.

—Sí. Llamarme Flora me ha limitado mucho en la vida.

—No veo por qué. Hay grandes artistas y grandes científicas que se llaman Flora.

—¿Nada contra los polacos, verdad?

—¿Por qué me lo preguntás ahora? Correspondía preguntarlo antes.

—Me distraje. ¿Algo contra los judíos?

—Sabés que no. Mi mujer es judía.

—Eso no garantiza nada. El nombre Flora me ha limitado mucho en la vida; es un hombre muy rígido. Como una flor artificial. A Flora difícilmente la llamarán Florita. Un diminutivo, o un apócope como "Flo" suenan forzados.

—Si tengo una hija la llamaré Flor, o Florencia.

—Ya tenés una hija. Nuestra hija tiene treinta y nueve años y no se llama Flor ni Florencia.

—Es cierto.

—Ana María, se llama.

—Es absurdo.

—Era la moda de la época en que nació.

—Ana María, hija de Flora e Iñaki.

—Rosenkrantz.

—¿Miramos en la guía telefónica?

—No, no vale consultar ningún libro. Sólo vale lo que está en la memoria.

—¿Hablaste vos o hablé yo?

—Hablé yo.

—¿Y mi apellido?

—Ibargüengoitia.

—Iribarne.

—Uribelarrea.

—Altolaguirre.

—Carriquiriborde.

—No es posible.

—Sí. Quiere decir "casa al borde del camino".

—Pero a Carriquiriborde la conocí yo. Fuimos juntas al colegio.

—Me lo dijiste mil novecientas veces. Tu compañera de colegio Carriquiriborde. Casa al borde del camino.

—¿Ser vasco es mejor que ser judío?

—Según dónde se encuentre uno. No sé qué predicamento tienen los vascos en Nueva York.

—¿Si pidiéramos una sola media luna?

—¿Una para los dos?

—Una para cada uno. Son chiquitas.

—¡Chiquitas! Mucho me temo que en español universal hay que decir "pequeñas".

—¿Será mejor ser italiano?

—¿Descendiente de italianos? ¿Llamarse Bellagamba?

—No sé.

—Suenan mejor los apellidos italianos.

—¿El problema es el idioma, entonces?

—Es el principal problema.

—Ya quema el sol.

—Sí, vamos a ponernos los trajes de baño.

—Para caminar por la arena dura de la orilla.

—Sí.

LA PRIMERA FINALISTA

El Dock

A pesar de que, según ella, se trata de un borrador y fueron sus amigos quienes la instaron a presentarlo al premio, "El Dock", de Matilde Sánchez, resultó primer finalista del Planeta y será publicado próximamente por esa editorial. La autora ya había escrito otra novela ("La ingratitud", Ada Korn, 1990) y una larga entrevista a Hebe Bonafini ("Historia de vida", 1985). Es justamente el barrio donde nació Bonafini, Berisso, el que sirve como imagen visual para situar muchas escenas de "El Dock". El fragmento que sigue transcurre en Montevideo, otro de los escenarios predilectos de la novela.

Alejandra López

MATILDE SANCHEZ

Montevideo. Llegamos al centro de la ciudad cerca de las cuatro de la tarde. Las avenidas, de prolijos árboles a ambos lados del asfalto, tenían el bullicio de los pueblos, gentil y hasta se diría tranquilizador, pese a estar en medio de una gran ciudad. Nunca había visto así a Montevideo, obsoleta y distinguida, con el oropel aún brillante —sólo el oropel— de las glorias pasadas. La atmósfera tranquila, incluso el tránsito silencioso en los bulevares, asordinado, modificaba nuestros sentidos comunicándonos su agradable pereza de ciudad detenida. Los automóviles, la mayoría vetustos, de pintura emparchada y precarios guardabarros sostenidos a veces por un alambre no más grueso que un hilo, avanzaban penosamente, menos por la energía de su maquinaria que por el impulso mismo del movimiento inicial. Pero había otros coches en perfecto estado, con sus chapas impecables de color original y sus grandes faros, brillantes y ostentosos como joyas. Kim se preguntaba dónde conseguiría esa gente los repuestos y la pintura que había dejado de fabricarse.

Leo miraba por la ventanilla, descifraba las marcas moldeadas en el metal manchado, que a veces habían perdido muchas de sus letras. *Mercury, Austin, Morris* —recitaba, cumpliendo un ritual repetido a lo largo de los años—, el *Kaiser Caravell*, un *Bentley SS Continental* color plata, conducido por un pobre diablo, el viejo *Opel "Record"*, el DeSoto inglés modelo *Custom*, indestructible, un *Auburn* estropeado por las modernas pinturas metalizadas, el *Chevrolet Master De Luxe*, el *Plymouth Caravan*, los *Skoda* checos, importados a mediados del '50, el *Studebaker* y hasta el incomparable aguamarina de un *Tucker* perdido en estas latitudes.

Muchas de esas marcas ya ni siquiera existían, reemplazadas por automóviles más pequeños y funcionales, sin el menor encanto. Los coches habían dejado de ser un lujo y semejante sofisticación, el lujo del espacio, las joyas lujosas y superfluas de la carrocería, ahora sólo les estaban reservados a los coleccionistas y los uruguayos. En cuanto a nuestro coche japonés, también avanzaba penosamente, tan stándard y modesto en este museo rodante de la industria pesada occidental. ¿Hacia dónde íbamos, en medio de esas glorias del pasado, nosotros mismos más anacrónicos que esas formas redondeadas y suntuosas? Todo aquello podía haber estado igual —nosotros y nuestro coche resultábamos, en definitiva, los anacrónicos—, y aquella era la ciudad de Poli. Todo volvía finalmente. Leo recordaba para si los plácidos veranos, el sopor de la ruta montevideana donde había aprendido —y ahora nos obsequiaba sin demasiada intención— los ejemplares vetustos de esa caravana. Kim repasaba mentalmente las imágenes de confort y progreso, el remoto paraíso burgués de los años cincuenta, mientras yo evocaba los distanciamientos de Poli cada verano, en esa ciudad misteriosa y desconocida. La ciudad de la infancia de Poli, al fin y al cabo, debió lucir exactamente igual. Solamente cambiaban las perspectivas, me dije, y lo que hoy eran imágenes de un tiempo detenido alguna vez fueron los signos de una modernidad inexorable.

De pronto, la certeza de que podríamos encontrarla dirigiéndose al mar en el interior de un Studebaker. En el letargo de esas visiones, de inmediato surgía una sensación de familia que creía haber perdido para siempre. Las imágenes que creía evocar, armadas de acuerdo con la sensibilidad de la hora, no eran reales sino voluntarias y respondían a la necesidad de recordar algo que recreara un pasado común. De tanto en tanto, Leo me miraba con sus grandes ojos marrones, inexpresivos salvo en los fugaces momentos en que bajaba la guardia y se entregaba a mí, con el cansancio de un chico huérfano. En lugar de describir una línea recta habíamos recorrido ya 800 kilómetros inútiles, habíamos subido y vuelto a bajar, atravesando puentes sobre aguas quietas, curiosos desiertos verdes cortados por caminos de tierra quemados por el sol, semejantes al lecho seco de un río, y ahora buscábamos el este, como fugitivos que finalmente se acercan a su escondite.

Mientras avanzamos por esa ciudad, cuyas reglas y normas nos son desconocidas, pienso que un coche podría salirnos al cruce en una esquina y provocar un accidente.

Convertido en un destructor, a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora, el DeSoto color verde colonial causaría un daño irreparable a nuestra carrocería moderna, no más sólida que un modelo a escala para niños.

...Sin ir más lejos, nuestros frenos podrían fallar, por causas tan arbitrarias como las que hacen desplomarse un avión en pleno vuelo, por el simple desgaste de los materiales. Así, de una manera tan banal, todo podría estar terminado en cuestión de minutos.

Kim pregunta si me refiero al viaje. (Leo se ha dormido atrás, por primera vez durante las trece horas que llevamos en el coche, desplazándonos pero de todas formas confinados.)

Es claro que me refiero al viaje.

Kim esboza la ley de las probabilidades. En este preciso instante alguien puede estar retrasando por unos minutos, quizá tan sólo por un minuto, ese accidente posible. Todos estamos apostando a un número de la lotería permanentemente, ya que nosotros, al mismo tiempo... (Es notable cómo uno se repite. Yo misma tengo la impresión de haber contado ya todo esto en otra parte.)

Logramos salir de la ciudad, el laberinto automotor de de la avenida 18 de Julio, hasta la melancólica línea costera de Carrasco.

Leo ha despertado de su breve siesta gracias a la brisa proveniente del río. Señala el lugar donde deberían estar las dragas que desentierran el "galeón fantasma" (¡de manera que no lo ha olvidado!), anticipando el lugar exacto donde aparecerá Punta Delfín, como un lugareño que conoce la costa mejor que la palma de su mano. En efecto, de la bahía emerge una saliente suave de rocas cubiertas de musgo, y en dirección recta, río adentro, se distinguen las boyas balanceándose en el agua.

En el horizonte, el niño cree ver los mástiles de las dragas pero es sólo su fantasía.

Avanzamos por la ruta de dos vías paralelas, bordeada de palmeras y plátanos. A ratos el camino se extiende completamente mojado ante nosotros, como si viajáramos hacia un lago que va retrocediendo con nuestra propia velocidad, en una amenaza siempre diferida. De pronto una nube cruza y se instala sobre la carretera. Entonces el espejismo desaparece por completo y la ruta vuelve a adquirir su aspecto rugoso y opaco.

Las manos de Kim sobre el volante de madera, sus movimientos armoniosos y relajados, sin la menor tensión, el placer puro de la travesía. Siempre me ha parecido que las manos de los hombres revelan alguna verdad. No es lo mismo con las manos de mujer, demasiado sujetas a la estética para poder transmitir nada. Embellecidas hasta el cansancio, horrendamente afeadas por tareas subalternas, las manos femeninas sólo pueden comunicar la clase social de su dueña. Son un mero indicador económico. Las manos de Kim son amplias, de uñas cuadradas y, sin embargo, elegantes y expansivas; hablan con certeza de su generosidad, aunque en los bolsillos hurguen la navaja suiza color granate. Bueno, ahora sus manos están allí, sobre el volante, conduciéndonos de un lado a otro. Por unos instantes vacilan, como las de un pianista que súbitamente ha olvidado las próximas notas, pero nunca nos pondrían en peligro. ¿Adelantarse al asmático Skoda y exponerse al viejo Mercedes que viene en sentido contrario, o bien persistir detrás del viejo Leyland hasta que su conductor decida un desvío?, pregunta en voz alta, cuando en realidad se trata de un soliloquio. (Kim piensa en los coches como si se tratara de personas.)

Entretanto, tendidas en la curva superior de mi respaldo, las manos de Leo se controlan para no rozarme la nuca. Todavía no tienen su carácter definitivo. Han crecido más que el resto del cuerpo pero conservan cierta torpeza, y él las gobierna de manera infantil, sin contar con el sometimiento que podrían ejercer sobre los demás.

Parecemos ser los únicos que se alejan de la ciudad. En el carril


Alejandra López

opuesto, el tránsito fluye con un estruendo incesante de motores, arroja masas compactas de ruido al interior de nuestro coche impidiéndonos todo diálogo.

Lo primero que hará Kim cuando lleguemos a la casa será darse un baño.

Lo primero que hará Leo es sacar una reposera al porche para mirar el cielo de Solís —pero no lo dice—.

Por la luneta trasera veo el sol ponerse al final del camino —su esfera, apenas recortada por las ramas dispersantes de las palmeras—, en una caída vertiginosa debido a nuestro propio avance en sentido opuesto.

Leo nos da la espalda y mira hacia atrás, de manera que yo puedo ver también debajo del sol, y luego a un costado, a medida que transcurren los minutos, sus mechones de pelo negro y lacio, más corto en la coronilla, en la luz incandescente de la tarde.

Tiene hambre.

¿Qué?

Dice que tiene hambre, grita Kim. Han transcurrido algunos minutos desde el primer anuncio.

Las palmeras guardan una simetría perfecta a ambos lados de la ruta. Es notable que unas no hayan crecido más que las otras. Todos los troncos tienen el mismo tamaño, el mismo grosor y la misma altura. Cada una de las hojas en la punta, con sus varas de unos dos metros, se rozan entre sí a causa del viento, con golpes secos apenas audibles. Ver los sonidos, oír las imágenes; a Kim le parece posible, incluso habitual.

Tengo hambre, repite Leo. Como nuestra velocidad ha disminuido, ahora es posible oír algunas palabras.

Paramos a comer hamburguesas. El sol se ha puesto por completo pero todavía no ha oscurecido. El cielo conserva una extraña luz que emana del círculo entero del horizonte y envuelve el paisaje en una transparencia rosada. En mi reloj pulsera, las 19.57, de modo que si Leo no dilata la masticación más allá de lo humanamente posible, estaremos en la casa antes de las nueve de la noche.

Si uno dejara a los niños, la vida se convertiría en una serie de marchas y contramarchas, de gestos interrumpidos y reemplazados por otros, de escapes y detenciones. Las manos de Leo, que sólo aceptan los cubiertos cuando es imprescindible, sostienen la hamburguesa como pinzas mecánicas de alta precisión. Pienso que ésa es la manera de Leo de ser niño: obligarnos a detener el impulso continuado de las acciones, a cambiar nuestros planes con sus asuntos siempre terminantes de vida o muerte. Podía impresionarme con sus conocimientos sobre el Hubble o su destreza para las matemáticas, pero ésa es la verdad. No es más que un niño, que simplemente habría muerto si no parábamos a comer hamburguesas cuando apenas falta media hora para llegar a la casa. Su violencia consiste precisamente en obstaculizar el curso del tiempo, imponiéndonos sus deseos autoritarios y al mismo tiempo honestos, ni fingidos ni forzados, simplemente mortales, pero a la vez, mientras obstaculiza el tiempo lo detiene, convierte un minuto en la eternidad.

Escribir en silencio

La periodista de *Clarín* observa una serie de fotos en laguardia del diario. Son los días de La Tablada y la serie testimonia el cadáver de una guerrillera que, según versión oficial, fue capturada portando una granada que se desactivó. En la cabeza de Matilde Sánchez, quien se autodefine como "una proletaria del periodismo", se empieza a armar, en ese preciso instante, una historia. No una crónica, no una nota para el diario, ni siquiera el epígrafe para alguna de las fotos. Lo que ella empieza a imaginar tiene otro tiempo, supone otra dimensión: es el embrión de una novela. "Siempre me gustaron las fotos de archivo. Ese vacío y ese lleno que tiene el material. Uno lo mira y está todo pero a la vez falta la historia", reflexiona cuando le preguntamos cómo surgió la idea de *El Dock*, la novela con la que llegaría al segundo puesto en el premio Planeta. "Me acuerdo de que nadie sabía quién era esa mujer. Sólo se conocía su nombre de guerra. Inmediatamente empecé a imaginarle un pasado, una historia. Imaginé también otra mujer: la que ve en el diario la foto ya impresa y reconoce allí el cadáver de su amiga de infancia. Averigua, se entera de que queda un hijo abandonado y se hace cargo de él. Todo esto le cambia la vida. Es una mujer sola y mientras espera que aparezcan parientes del chico se va a vivir con él a Uruguay. La novela registra las conversaciones entre ellos dos."

Por alguna asociación no muy clara surge el nombre de Manuel Puig. Pero Matilde Sánchez define *El Dock*, a diferencia de las novelas de Puig, como "más íntima, más privada. Es un espacio para que la protagonista descubra lo que es la intimidad de una familia". Aquí se impone, entonces, la pregunta sobre la escritura femenina. Y si bien Sánchez dice no aceptar esos encasillamientos, sí considera que hay un desafío del que las mujeres que escriben pueden hacerse cargo: "Podemos leer de otra manera la tradición menor femenina, todas esas cartas, esos diarios íntimos, ese mundo del secreto al que se le puede dar un sentido nuevo sin trivializarlo. Es eso que George Steiner llamó 'la invocación religiosa de las mujeres' y que yo encuentro reformulado en la narrativa de Sylvia Molloy, en *Cornelia frente al espejo* de Silvina Ocampo y también, por qué no, en la obra de Puig".

Del lugar más íntimo y secreto al más público. Del centro de casa al centro del planeta. De la guardia de un diario a ser protagonista de una noticia. ¿Cómo se siente una mujer ante este destape? "No me engancho con la lógica del éxito, no con eso de la 'carrera' del escritor. El mundo está cambiando. Me gusta el lugar que el escritor tenía antes, cuando el reconocimiento se daba después de los 60 o a veces en forma póstuma", contesta Sánchez, desde sus 34 años, con aire de quien vivió mucho. O de quien se escapó por un rato de la sala de las mismísimas hermanas Brönte y quiere volver rápido a esconderse allí.

TAMARA KAMENSZAIN

EL CAZADOR OCULTO

Héctor Polino, dirigente político (US); **Mauro Viale**, animador.

HP: ¿Vamos a poder participar (del debate)?

MV: No seamos injustos, ni abusivos, ni abusadores. Usted vino cuarenta y dos veces a este programa, ¡y me dice que no puede participar! ¡Bueh! ¿Y usted cree que está sentado acá para que lo veamos y admiremos su linda figura?

La mañana. ATC. 25 de junio, 10.05 hs.

Fernando de la Rúa, senador nacional (UCR); **Graciela Alfano**, animadora.

GA: Usted pone los números, y a mí me llegan notas que preguntan cuánto le costó su campaña.

FDR: ¡Cómo no, yo le puedo decir! (...) Lo más costoso es la televisión (...) Pero si no hago televisión parecería que estoy aplastado por la abrumadora campaña oficialista, a la que se suman algunos funcionarios, como el presidente de la Nación, que estuvo una hora hablando (por ATC) en apoyo (de Avelino Porto) (...)

GA: Bueno, no se olvide que este es un canal oficial, y usted está hablando...

FDR: No, éste es un canal del Estado, y no del Gobierno.

Graciela & Andrés. ATC. 23 de junio, 15.44 hs.

Carlos S. Menem, presidente de la República; **Mauro Viale**.

MV: ¿Usted cree que la gente lo entiende (al cambio que está sucediendo en el país)?

CSM: Yo creo que lo entiende. Yo creo que lo sabe. Y creo que inteligentemente va a poner su voto el domingo (28 de junio).

La mañana. ATC. 23 de junio, 9.10 hs.

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. Desde Londres, una joven antropóloga se suma a su cruzada.	1	5
2	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). Esta segunda novela de Piglia teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer, Elena de Obieta—, y de una máquina de contar, un relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	2	4
3	*American Psycho*, por Bret Easton Ellis (Ediciones B, 15,50 pesos). Un autor polémico y una historia controvertida. Patrick Bateman es joven, rico, psicópata y elegante; viste, almuerza y juega con el mismo refinamiento con que viola, tortura y mata a sus víctimas.	4	27
4	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	5	34
5	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	3	4
6	*Le gusta la música, le gusta bailar*, por Mary Higgins Clark (Emecé, 15 pesos). El título de esta historia de suspenso es tan sólo el comienzo de un aviso personal. "Varón soltero, 40 años, profesional, busca atractiva mujer de 25-30 años que le guste la música", concluye el clasificado que lleva a la muerte a cualquiera que responde.	8	11
7	*El séptimo mandamiento*, por Lawrence Sanders (Emecé, 12 pesos). Una inspectora de seguros viaja a Nueva York para investigar el violento asesinato de un joyero millonario. Con la ayuda de un detective policial descubre que detrás de la fachada impecable del imperio se esconde una madeja de intrigas y corrupción.	6	8
8	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena esfervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	7	29
9	*Inshallah*, por Oriana Fallaci (Emecé, 26 pesos). Caudalosa novela que intenta rendir homenaje a las víctimas de todas las matanzas del mundo. Entre personajes imaginarios, historias semiauténticas y paisajes de guerras reales, se mueve esta defensa a la vida.	10	12
10	*Siempre es difícil volver a casa*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 12,14 pesos). Cuatro hombres desesperados deciden asaltar un banco y huyen tras ser descubiertos. Su fuga altera por completo la tranquila vida de la provincia, afloran viejos rencores y los asaltantes pasan a ser víctimas y no victimarios.	9	6

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Nueva exploración para desentrañar el contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	1	12
2	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	2	30
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	53
4	*El descabellado oficio de ser mujer*, por Cristina Wargon (La Urraca, 9 pesos). Con un descabellado humor, la autora satiriza pequeñas escenas de la vida cotidiana femenina. Los hijos, la familia, el portero y el marido le sirven de excusa para hablar sobre la mujer.	7	2
5	*Te quiero pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BEAS, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribió un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	4	5
6	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	6	2
7	*Fuegos de artificio*, por Daniel Muchnik (Planeta, 13,95 pesos). Un análisis polémico sobre el Plan Cavallo. El autor sostiene que su éxito es aparente y que sus días están contados. Su debilidad, según Muchnik, es la falta de una política de crecimiento sostenido, tanto en el plano interno como en el externo	5	8
8	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX, que comienza con el pensamiento de Nieszche y desemboca en el posmodernismo.	10	32
9	*Amate a ti mismo, cambiarás tu vida*, por Louise L. Hay (Urano, 14 pesos). El último capítulo de este libro, un manual de autoayuda basado en *Usted puede sanar su vida*, se titula: "Me veo a mí misma bajo una nueva luz". Para lograrlo, hay que pasar por una larga serie de ejercicios propuestos por la autora.	8	10
10	*Relaciones carnales*, por Eduardo Barcelona y Julio Villalonga (Planeta, 16,50 pesos). Un relato pormenorizado de la construcción y de la destrucción del misil argentino Cóndor II en el que se mezclan personajes conocidos de la política nacional y capitales mundiales de la intriga y el espionaje internacional.	—	1

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Martín Caparrós: **Larga distancia** (Planeta). Dieciocho artículos de viaje, algunos memorables —como el de los ecos del Che en Bolivia— que retoman y modernizan un género que —desde el *Facundo* hasta Mansilla, Payró y Walsh es, tal vez, el más argentino de los géneros: el del periodismo escrito con el lenguaje de la literatura.

Didier Eribon: **Michel Foucault** (Anagrama). Primera biografía del filósofo contemporáneo más difícil de ser narrado.

Adolfo Bioy Casares: **La invención y la trama** (Tusquets). Reedición de esta voluminosa antología de casi ochocientas páginas donde brillan novelas ejemplares como *La invención de Morel* y *El sueño de los heroes*, así como cuentos perfectos y desaforados, escritos autobiográficos y digresiones sobre casi todos los temas posibles.

Thomas Pynchon: **Vineland** (Tusquets). Nueva novela de un escritor invisible que es, en realidad, una furiosa parodia sobre los náufragos de los '60 acuarianos. Pirotecnia narrativa para una novela política con un reparto digno de un film de los hermanos Coen.

Carnets///

FICCION

La dama calva

CRONICA DE ALADOS Y APRENDICES, Esther Cross, Emecé, 280 páginas.

Es la primera novela de la argentina Esther Cross (1961) y este dato precipita en el asombro, porque la *opera prima* comporta un perfil de obra acabada.

El escenario es Florencia a fines del siglo XV. Una aristocrática dama calva trama vengarse de un ex festejante con la colaboración de un joven pintor que ha inventado una máquina para volar, un alquimista y un *chef* de primer nivel. Leonardo da Vinci es la sombra tutelar que acompaña la intriga y los personajes en el marco de un Renacimiento que reinventa las formas eternas de la armonía y la belleza. Deudora de un riguroso clasicismo, Cross propone una novela clásica ya desde los títulos mismos de las cuatro partes que la componen: "Los personajes", "La trama", "El nudo" y, por supuesto, "El desenlace". Novela decimonónica, entonces, con un autor omnisciente que pauta el *tempo* narrativo con elaborada sapiencia y lógica de hierro.



Pero también novela contaminada por los referentes textuales de una indisimulable contemporaneidad: el pajarero de esa gran aldea que es Florencia se llama Pier Paolo y vocea su mercancía al grito de *Uccellacci e uccellini*. En *Crónica...* el cine cumple —además de erigirse en un homenaje en sí mismo— una función de aproximación, que opera como un puente tendido que enlaza cinco siglos de imágenes: desde la escultura en piedra hasta la solidez transparente del celuloide.

No en vano al siglo XV se lo conoce como el Siglo de las Innovaciones: el mapa de la Tierra se empieza a extender más allá de cualquier conjetura humana, se disuelven los límites consagrados por la razón, los inventos se erigen como una saludable obsesión del delirio. Es éste el mundo que reconstruye Esther Cross, pero algo más importante: la escritura trabaja en el espacio de esta quiebra, en el centro neurálgico de la fisura. Simone de Parma, el joven pintor, reconstruye infatigablemente el boceto de su "Adoración de los Reyes Magos"; Luca Guarino, el inventor, reconstruye una y otra vez sus planos laboriosamente geométricos para alcanzar la suprema perfección en el vuelo; Anselmo de Linz, el alquimista, ensaya sobre sí mismo, hasta el agotamiento, un elixir de la eternidad; la venganza de la dama calva se estructura tan meticulosamente como una obra de arte. En un mundo que se está reconstituyendo, la reconstitución —la mecánica de la prueba y el error— es el signo que internaliza la escritura. En un sentido, Leonardo da Vinci es el único personaje de la novela que constituye en sí mismo una instancia acabada; Simone de Parma es el prototípico héroe iniciático, el personaje modélico del *Bildungsroman*.

Novela de aventuras (cada núcleo

ENSAYO

Antes

LA ARGENTINA RENEGADA, Daniel E. Larriqueta, Sudamericana, 190 páginas.

En el prólogo a su ensayo, Daniel Larriqueta —ex subsecretario general de la Presidencia durante la administración alfonsinista— confiesa explícitamente el impulso primero que lo instó a esbozar su obra: buscar el hilo causal que va desde Isabel la Católica hasta la Argentina de hoy. No cumple su propósito con rigor cronológico —lo que hubiera desembo-

VIDA Y OBRA



Interiores

WOODY ALLEN: LA BIOGRAFIA, por Eric Lax. Ediciones B. 394 páginas.

DELITOS Y FALTAS, por Woody Allen. Tusquets Editores. 150 páginas.

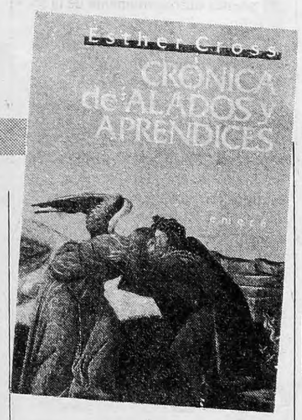
Así habló Allan Stewart Konigsberg —Brooklyn, New York, 1952— a la hora de iniciar uno de sus tantos monólogos inolvidables: "Creo que reseñaré para ustedes algunos de los acontecimientos más destacados de mi vida privada y los pondré en perspectiva. Luego vendrá un breve período de preguntas y respuestas en el que podremos evaluarlos".

Allan Stewart Konigsberg no es otro que Woody Allen y, en las páginas de una de las más eficientes y divertidas biografías de las que se tenga memoria, parece responder y evaluar los acontecimientos más destacados de su vida privada con la certeza de que, bueno, el lector sabrá comprender las idas y vueltas de este individuo que comenzó como fabricante de chistes para otros hasta convertirse en uno de los nombres más sólidos a la hora de aventurar una candidatura para *hommo intelectual* paradigmático del siglo XX.



Con semejante personaje, la biografía de Woody Allen —escrita con la intensiva colaboración del sujeto en cuestión— se lee con el entusiasmo que despierta una buena novela o, si se prefiere, una buena película de Woody Allen. Los capítulos dedicados a una infancia que combina lo mejor de las literaturas de Bernard Malamud y Mordecai Richler, a la interna de los *stand-up comedians* norteamericanos, al poco ortodoxo cortejo de la actriz Mia Farrow, o a la construcción del complejo y oscuro guión de *Crímenes y pecados* (traducido por Tusquets como *Delitos y faltas*), se destacan especialmente en la vida de este artista moviéndose por un mundo "temible y espantoso" tan parecido al de sus propios personajes.

"No cabe duda de que lo más importante del mundo es el valor. La gente reverencia el talento, pero es absurdo. El talento es algo con lo que se nace. Pero el valor lo es to-



argumental contiene a su vez sucesos que se imbrican entre sí), trama policial (un robo es el disparador de la intriga), novela iniciática, testimonio cinéfilo e historia de amor, *Crónica de alados y aprendices* apunta a lo que todo gran texto de la literatura sueña: reinventar un mundo y proponerlo eterno a partir de un acto de escritura.

O. G.

FICCION

Mujer que llama dos veces

COMO VIENEN, SE VAN, por James Hadley Chase. Emecé, 200 páginas.

Un auto corre bajo la lluvia haciendo zig-zags. Se detiene. Baja un hombre oculto por su impermeable. Llega a un edificio vacío, sube por el ascensor y entra en una oficina. Fred McMurray se repantiga y comienza a hablar con Edward G. Robinson, su jefe y amigo, a través de un dictáfono: —Como siempre, tenías razón pero no pudiste adivinar el nombre del asesino. Lo maté yo y lo hice por dos cosas, dinero y una mujer. No conseguí ninguna de las dos.

La escena pertenece a *Pacto de sangre (Double Indemnity* en el original), de Billy Wilder con guión de Raymond Chandler sobre la novela de James Cain. De alguna manera, es la síntesis de toda la novela negra americana.

James Hadley Chase, un inglés que se constituyó en maestro de lo norteamericano a través de más de ochenta policiales, se inscribe con *Come Easy-Go Easy* (convertido localmente en *Como vienen, se van*) en esta línea de relaciones peligrosas —como *El cartero llama dos veces* o su *Con las mujeres nunca se sabe*— y construye una pesadilla en la que, siempre e inexorablemente, las soluciones sólo provocan problemas mayores y los respiros no duran más que unos pocos renglones.

En apenas veintisiete páginas el relato cambia de rumbo tres veces y, lo que inicialmente parece una de ladrones, se convierte en una de presos para devenir, con ritmo y destreza narrativa formidables, en una de fugas y, tan sólo treinta y ocho páginas después, en uno de los más precisos y alucinantes relatos sobre la atracción del demonio —la mujer— escritos después de la Biblia.

La seducción entendida como una de las bellas artes, manejada siempre al borde de lo temible y en el promisorio territorio de la ambigüedad más absoluta, permite y casi obliga al desastre. Chet Carson, un pobre tipo experto en cajas fuertes, sabe lo que le espera pero no puede evitarlo. El juego de la pelirroja esposa de la única persona que le brinda reconocimiento y cariño es claro. O traiciona y pierde o no traiciona y pierde.

Roy, un viejo camarada de venturas y desventuras, aparece como la contraparte. Después de un fracasado primer matrimonio asegura no interesarse por las mujeres y la historia, en una poderosa vuelta de tuerca, terminará enfrentándolo al protagonista y narrador.

Esta es una novela en que la figura femenina funciona en los márgenes, tanto de la vida como de la trama. Con bastante de historia de caminos y mucho de lo mejor del género policial, en *Como vienen...* hay una sola convención que no se respeta y no es aconsejable revelar cuál es.

DIEGO FISCHERMAN

de ser país

cado en un cuerpo textual de dimensiones faraónicas—, pero está lejos de ser desdeñable la medulosa revisión a la que se entrega.

Circunstancias puntualmente históricas, tales como las vísperas del quinto centenario del descubrimiento de América, obligan, en virtud de la temática del libro, a preguntarse en qué lugar se ubica Larriqueta al respecto. Porque justamente de esta toma de posición depende la fortuna de la dialéctica por desarrollar. El autor adhiere al concepto de *fundación* en mayor medida que al de conquista o sometimiento, pero más importante resulta una consecuencia de tal elección: la adhesión y sus posteriores fundamentos están vaciados del maniqueísmo de corte moral al que tan afecta es la historia oficial y consagrada.

Larriqueta parte de la teoría de la existencia de dos civilizaciones: la herencia de la "monarquía universal" que florece, se arraiga y se abroquela en el Pacífico; y la herencia europea, borbónica y liberal, que deviene civilización del Atlántico. Herencia a su vez atravesada por una cultura de guerra santa: la conquista. Como un fenómeno especular que duplica la dualidad ya existente, se alzan dos Españas; la europea y la indiana (conquistada), bipolaridad que se agudiza dramáticamente bajo el mandato de Carlos V. Dentro de este contexto histórico, se puede concluir que no hay en la historia del mundo colisión más abrupta como la que tuvo lugar entre la conquista y la cultura incaica, una cultura —apunta el autor— que cumplía muchas de las funciones de un Estado moderno, con una concepción contractual del poder que no habría disgustado a un liberal europeo. La modernidad española irrumpe y escinde, y en el interior de esa escisión no le queda otro camino que asimilar y ser asimilada por los pueblos que va conquistando.

Las Indias de la independencia quedaron privadas de clase dirigente, y ésta es la peor herencia de España. El autor reivindica la identidad indiana que, como todavía no ha sido revisada en su integralidad, deja el espacio abierto para articular las más mesiánicas aventuras autoritarias. Son sombras de un pasado no revisitado que inquietamente penden y se deslizan sobre el espacio del presente.

La Argentina renegada va a dejar insatisfechos, seguramente, tanto a los defensores a ultranza de la conquista española como a sus más tenaces detractores. Larriqueta se dio a la tarea de pensar la historia argentina desgarrada en contradicciones desde su raíz hispánica misma, y la piensa en clave reflexiva, pasible de fuertes disensos o acuerdos no menos legítimos. Larriqueta piensa la Argentina, lo cual en un tiempo de frenético posibilismo y vaciamiento ético no es poco.

OSVALDO GALLONE



do, porque la vida es dura y cruel. Estoy absolutamente convencido. Las dos cosas que más me gustaría tener son valor, que no creo poseer, y fe religiosa. Sería magnífico tener estas dos cosas", afirma Woody Allen en la página 169 del libro de Lax. Y es sobre la ausencia del valor, la sencillez del crimen, los misterios de la fe y lo efímero de la sinceridad y la culpa que trata *Delitos y faltas* (film que funciona como versión amarga de *Hannah y sus hermanas*) donde el más divertido de los pesimistas concluye que "la felicidad humana no parece estar incluida en los designios de la creación".

La biografía de Lax, más esperanzada, termina con Woody Allen en "la cama matrimonial de latón, la cara pegada al papel, escribiendo el guión de una nueva película". Imagen que, si bien no alcanza para conseguir y asegurar la felicidad humana, parece ayudar a Woody Allen y a tantos otros en su tránsito por este mundo temible y espantoso.

RODRIGO FRESAN

LOS LENGUAJES DEL FIN DE SIGLO

TELEVISION

OSCAR LANDI

Con un casco puesto en su cabeza de modo que sólo pueda mirar lo que está "pasando" en su interior y con un pequeño aparato con botones en las manos, usted parece sumergido en otro mundo. A tal punto que se le debe ubicar dentro de una especie de corralito para niños, para que con sus movimientos no llegue a desplazarse más allá de cierta distancia. En realidad, mejor dicho, en su realidad, usted está habitando y jugando en un mundo creado mediante complejos programas de computación: el videogame de imágenes virtuales.

Si la persona que lo está observando es uno de los habituales críticos de los efectos que produciría la televisión en la audiencia (alienación, dependencia o escapismo), tendrá entonces la posibilidad de encontrar con facilidad la metáfora casi perfecta de sus críticas. Es que usted parece estar colgado del casco-pantalla, sometido al mismo sin remedio, peor aún que en relación con la TV, ya que ahora su relación con las imágenes le hace mover el cuerpo de manera incomprensible y hasta cómica para el observador. Visto desde otro ángulo, usted puede estar disfrutando de otra civilización, la de la producción de las imágenes a partir de abstractas operaciones lógico-matemáticas. Este nuevo mundo de creación de imágenes abre las puertas a una nueva era tecno-cultural calificada a veces como un nuevo Renacimiento, en el que la representación de la realidad a partir de la mirada de la persona o el lente de la cámara es sobrepasada por la producción desde programas de computación de imágenes que, además, nos "ven" y nos hablan.

El cine y la TV vienen utilizando este tipo de recurso visual con éxito, como en el caso de la película *Terminator II*, videoclips, avisos comerciales y políticos o segmentos de los programas que nos ofrece diariamente el menú televisivo. Pero este mundo de alta tecnología, en el que los científicos están logrando "tocar" las imágenes de la pantalla, darles una textura que se pueda sentir con las manos, no impidió que el martes 24 de marzo de 1992, también en nuestro televisor, Celeste le dijera a su suegra: "Puedes quedarte tranquila, Teresa; ya no hay bastardos en la mansión Ferrero, cada hijo encontró a su padre. Ahora sólo falta que yo encuentre a mi hijo". Nuevamente volvía a celebrarse el secular drama del reconocimiento: ¿quién es mi padre, dónde está mi hijo que creía muerto? La telenovela, heredera directa del melodrama del siglo XIX, del folletín por entregas semanales y del radioteatro, instalaba en la electrónica la eternidad del ¿quién soy? y la vigencia de ciertos relatos anteriores incluso a la invención de la imprenta.

Como todo nuevo medio, la TV produce un profundo y traumático reacomodamiento de los medios y del orden cultural anterior. Frente a su expansión desbordante, reivindicamos la pluralidad cultural y la heterogeneidad de lenguajes, pero cabría distinguir las críticas que pueden hacerse a la televisión por su programación de aquellas que, como ya planteaba McLuhan, le están pidiendo que cumpla las funciones de los medios y estéticas anteriores y no las propias. La TV nació emparentada con las artes visuales, con los relatos cortos, con el montaje del cine, pero no tuvo ni tiene la misma cercania por ejemplo con las narrativas literarias. Podrá reprochársele que otorga poco espacio a expresiones de la cultura letrada, pero una novela no es tan fácilmente traducible al lenguaje televisivo. Más aún, sería conveniente que preservara su propia poética autónomamente de la televisión.

Oscar Landi es uno de los investigadores que con mayor lucidez ha reflexionado sobre el papel y la influencia de los medios en la Argentina contemporánea. Su libro "Devórame otra vez", que Planeta lanzará esta semana, y del que aquí se entrega un adelanto elaborado por el propio autor, completa un ciclo de ensayos que incluye títulos tan valiosos como "Medios, transformación cultural y política" (Legasa, 1987) y "La cultura política de la postransición" (Flacso, Chile, 1991) Landi acaba de ser elegido director del Centro de Estudios de Estado y Sociedad.



Cuando se creó la escritura, los maestros del diálogo filosófico dijeron que ella iba a hacer perder la memoria a la gente; cuando se inventó la imprenta, los escolásticos que poseían y explicaban los manuscritos se escandalizaron ante la producción del libro en serie. Hoy también los crujidos ocasionados por la aparición de la TV provocan advertencias apocalípticas. Por nuestra parte, nos interesa la TV como una situación de hecho, como una parte decisiva de la historia de la mirada y la percepción, hoy convertidas en el campo principal de la cultura y la política. Las imágenes a domicilio han alterado las coordenadas de espacio y tiempo de los hombres, han estimulado las narrativas orales y visuales, disuelto viejos cortes culturales, cambiado las formas de acción política. Desde el interior de este universo adquiere otro sentido el necesario juicio de calidad sobre los programas que se suceden en el electrodoméstico que tenemos en casa.

En la antigüedad, mucho antes de la imprenta, se denominaba palimpsesto al manuscrito que era borrado reiteradas veces para escribir algo nuevo encima. Nuestra pantalla de TV es una especie de palimpsesto de imágenes. Se cuenta que con ciertos métodos los antiguos lograban acceder a las escrituras anteriores ya borradas y descubrir textos de enorme valor. ¿Podríamos hacer lo mismo con nuestra pantalla? Este libro contiene análisis y juicios de valor sobre determinados aspectos de la programación televisiva, pero está más preocupado por explicar la TV como portadora de un lenguaje y de las nuevas formas de narrativas que predominan y trazan el perfil de nuestra civilización actual. Los modos como miramos son relativos y no absolutos e iguales de una vez para siempre. Paul Virillo plantea que "la visión viene de lejos, es una especie de *travelling*, una actividad perceptual que se inicia en el pasado para iluminar el presente, para poner a punto al objeto de nuestra percepción inmediata. (...) Sólo hay, pues, la oscura claridad de las estrellas que viene del lejano pasado de la noche de los tiempos, la débil claridad, y es ella la que nos permite aprehender lo real, ver, comprender nuestro entorno actual, ya que ella misma proviene de una lejana memoria visual sin la cual no hay acto de mirada". De la concupiscencia de los ojos que temía San Agustin hasta la pulsión de ver de nuestros tiempos, tenemos una historia que recorrer aún poco explorada. La reinterpretación de la realidad desde el ángulo de la percepción nos brindaría la posibilidad de conocer de otra manera la historia, al situarla en las coordenadas de espacio y tiempo en que efectivamente se moldean las percepciones, los deseos, los sueños, los sentimientos y pensamientos de las personas en cada época. La televisión ocupa, sin dudas, un lugar privilegiado en la creación del régimen de mirada con que nos movemos en el mundo de nuestros dias.

La tendencia de la TV a devorar todo lo que sea visible es evidente y hasta obvia; lo que queda siempre con un resto de misterio es el pedido que sus "víctimas" le suelen formular: "Hazlo otra vez". Podemos enumerar una serie de razones que parecen motivarlo: el cine busca una salida salvadora para su producción; los politicos, ser conocidos; los artistas buscan trabajar, seducir y demostrar sus talentos; los reporteados y opinadores, ser famosos por cinco minutos; las muchedumbres, saludar con la mano frente a las cámaras. Sin embargo, el pedido de ser devorado otra vez tiene que ver con algo de otro orden y poco descifrado: participar del efecto de realidad que producen las imágenes en el mundo actual. Tiene que ver con la lucha por la existencia.

DEVÓRAME OTRA VEZ

El autor define su obra

¿Qué hizo la televisión con la gente? ¿Qué hace la gente con la televisión? *Devórame otra vez* recorre el camino que hay entre esas dos preguntas, en un travelling panorámico a través de los diversos géneros y lenguajes televisivos, el papel (¿activo o pasivo?) del televidente, los cambios que produjo la TV sobre la política y los politicos, el humor argentino (haciendo hincapié en el caso de Alberto Olmedo), la estética del videoclip, la revolución de las filmaciones caseras e informales (*bloopers*, cámara oculta, videos testimoniales como el del brutal castigo policial al camionero Albert King en Los Angeles), las nuevas tecnologías (cable, satélites) y el surgimiento de poderosas empresas multimedia luego de la privatización de los canales del Estado.

O. L.

PRIMER PLANO /// 8